Las obras de San Gregorio de Tours son las siguientes:

Tratado de la gloria de los mártires. Aquí resaltan su fé, su caridad y su deseo de sacrificarse por Jesucristo. Aunque esta obra está mal escrita literariamente hablando, tiene, por confesion de todos los críticos, una uncion religiosa que la hace muy agradable.

Tratado de los milagros de San Julian.

Tratado de la gloria de los confesores.

Tratado de los milagros de San Martin de Tours.

Vidas de los Padres. En esta obra se escriben las biografías de veinte y dos santos ó santas de las Galias.

Tratado de los milagros de San Andrés.

Historia eclesiástica de los francos. Esta obra consta de diez libros. Los tres primeros son un compendio de la historia universal que comienza en el principio del mundo y llega hasta el año 547. En los siete restantes se abraza el período de 547 hasta 591. Esta última parte de su obra tiene un grandísimo interés, porque en ella se limita San Gregorio á referir los hechos acaecidos en su tiempo y de los cuales podia considerarse como testigo ocular.

San Gregorio de Tours escribió además un *Comentario sobre los salmos* y un *Tratado de los oficios de la Iglesia* que han desaparecido.

El padre Ruinart publicó en 1699, en un tomo en fólio, todas las obras que se conservan de San Gregorio de Tours.

CAPÍTULO XXV.

San Isidoro.

1.° Acerca de este Santo Padre y doctor de la Iglesia, necesitamos hablar con algun detenimiento. Lo merece su santidad, lo exigen su actividad y su celo, y lo hacen de todo punto indispensable su inmenso saber, su portentosa erudicion y la grandísima importancia de sus obras. Se trata además del gran Doctor de la Iglesia Española y es imposible que hablemos de él con brevedad y sin el detenimiento y el respeto de que por tantos títulos es digno.

Al escribir la biografía de San Isidoro, comenzamos por copiar casi al pié de la letra lo que dice el Padre Mariana en la *Historia de España.* Lib. 6.° cap. VII. Así lograremos escribir la vida del más grande entre nuestros doctores con el lenguaje mismo del más respetado entre todos nuestros historiadores, y más severo y más imparcial entre todos nuestros críticos.

Oigamos pues á el Padre Mariana.

«Por el Concilio Toledano sexto, dice, y por los obispos que en él se hallaron, se entiende que el bienaventurado San Isidoro, á la sazon (por el año 639), era pasado de esta presente vida, y por lo que de él escribió San Ildefonso en los *Varones ilustres*, parece fué su muerte el año postrero del rey Sisenando, ó el 635. Otros son de opinion que tuvo vida más larga y llegó al tiempo del rey Chintila.

»Fué este insigne varon, San Isidoro, hermano de padre y madre de San Leandro, San Fulgencio y Santa Florentina. Otros tambien le señalan por hermano á Teodosia, madre de los reyes Hermenegildo y Recaredo. En los años y en la edad, fué el menor entre todos los hermanos; pero en la elocuencia, ingenio y doctrina se les aventajó grandemente. En la grandeza del ánimo y de sus virtudes igualó á su padre Severiano, de quien algunos dicen fué duque de la provincia Cartaginense.

»Dejó muchos libros escritos, que dan bastante muestra de lo que queda dicho. Libros, cuyo catálogo pusieron San Braulio y San Ildefonso en la biografía que escribieron de San Isidoro.

»Indicio y presagio de su grande elocuencia fué lo que escriben de un enjambre de abejas que volaba alrededor de la cuna y de la boca de San Isidoro, siendo niño: cosa, que ni se cree ni se dice sino de personas de grande cuenta. Tambien refieren que en sus primeros años se mostró de ingenio rudo, lo cual, y juntamente el miedo del soberbio maestro que le enseñaba, le obligaron

á huir de Sevilla cansado del estudio. Andaba descarriado por los campos, cuando escitado por la sed, se acercó á un pozo y advirtió que en su brocal habian hecho honda huella las gotas de agua que caian y el uso de la soga. Esto le hizo comprender cuán fuerte es la costumbre, y cómo el arte, la perseverancia y el trabajo pueden más que la naturaleza. Observó que la aplicacion podria hacer en su alma lo que la débil cuerda habia hecho en el mármol, y en esta consideracion volvió á la ciudad, resuelto á emprender con fé y constancia sus estudios. Parte del brocal de este pozo, se conserva en la Iglesia de San Isidoro de Sevilla.

«De estos principios subió á la cumbre de doctrina y erudicion con que alumbró y ennobleció toda España. Cuando sus hermanos andaban desterrados por el rey Leovigildo, San Isidoro sirvió mucho con su celo y valor á la Iglesia católica. Contribuyó eficazmente para que se hiciera tan docto, San Leandro, su hermano, quien al volver de su destierro, conocidas las grandes esperanzas que de sí daba San Isidoro, lo encerró en una especie de celda, sin dejarle libertad para salir á parte ninguna. El Santo se aprovechó de esta clausura, de su edad y de su ingenio, que todo era apropósito para revolver gran número de libros.

«De este trabajo resultó la obra de las *Etimologías*, de erudicion tan varia, que parece un prodigio en aquellos tiempos; obra que últimamente perfeccionó y publicó á persuasion de Braulio su grande amigo.

«Duró este recogimiento tan estrecho todo el tiempo que vivió Leandro su hermano. A la muerte de San

Leandro, ocupó su silla San Isidoro. Gobernó aquella Iglesia con gran prudencia, haciendo leyes y constituciones muy apropósito. Pero considerando que nada se adelanta si los jóvenes desde la primera edad no reciben una buena educacion, fundó en Sevilla un colegio para enseñar la juventud y ejercitarla en virtud y letras. De este colegio salieron insignes varones, entre ellos San Braulio y San Ildefonso. Algunos afirman que en tiempo de Gregorio Magno fué San Isidoro á Roma, con el fin de renovar y continuar la amistad que sostenia su hermano Leandro con aquel Santo y sábio Pontífice. Otros añaden que Mahoma fué arrojado de Córdoba por San Isidoro. Esto no parece bien probado.

»La prudencia de San Isidoro entró en gran parte para que todo el reino se gobernase con muy buenas leyes y estatutos que por su órden se hicieron. Con el fin de reformar las costumbres, se celebraron algunos concilios, á instancias de San Isidoro, en Toledo y en Sevilla.

Fué arzobispo de esta ciudad como unos cuarenta años. Al llegar á los últimos años de su vida, que fué muy larga, le sobrevino una gravísima y mortal fiebre. Viendo que se le acercaba la última hora, se hizo llevar en hombros de sus discípulos á la iglesia de San Vicente de Sevilla. Le acompañaron hasta el último instante, un obispo, llamado Juan, y Uparcio, sus más especiales amigos. En aquella iglesia hizo pública confesion de lo que creia sus culpas, y recibió el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, despues de

tres dias de devota preparacion. En aquel tiempo, dió lugar á todos para que le viesen y hablasen. Consolólos con palabras de gran cariño y ternura; pidió perdon al pueblo é imploró la misericordia de Dios. Dió pruebas, en los últimos instantes, de la profunda humildad y ardiente fé que atesoraba en su espíritu. Por último, murió el dia 4 de Abril en la misma iglesia de San Vicente, en medio de los sollozos y de las lágrimas de los fieles y amigos que le rodeaban. El año en que murió, no es conocido con certeza. Se cree, sin embargo, que fué el 635.

»No hizo testamento, parte por la pobreza que profesaba, parte porque todos los bienes que le quedaban se dieron por su mandato á los pobres en los últimos dias de su enfermedad.

»Reconoció por toda la vida el primado de la Iglesia romana, porque era, segun decia, la fuente de las leyes y decretos á que se debe acudir en todo lo que concierne á las cosas sagradas, ritos y ceremonias. Esto que tantas veces habia dicho en su vida, lo repetia con grande insistencia y sumo empeño en el tiempo de su muerte. Aseguraba á los fieles que si se apartan de la ley de Dios, serian castigados de todas maneras, perderian su prosperidad y su independencia, y serian oprimidos con muy grandes trabajos. Les añadia que, si instruidos por agena experiencia, corregian sus vicios y reformaban sus costumbres, en recompensa adquiririan mayor gloria y se adelantarian á las demás naciones.

»Y no dejaron de cumplirse las profecías de San Isi-

doro. Apenas habia pasado un siglo, y ya España se hallaba invadida y oprimida y horriblemente atormentada por las bárbaras huestes del islamismo. Cuando vemos que el imperio español, derribado antiguamente por las maldades y sacrílega desobediencia del rey Witiza, y despues, levando de pequeños principios, ha venido á tanta grandeza que casi se extiende hasta los últimos fines del mundo, no puede ni aun ponerse en duda la gran máxima del Santo Arzobispo de Sevilla.» Esto lo decia el Padre Mariana en un siglo por desgracia muy apartado del nuestro. Este insigne historiador vivió en los tiempos de Felipe III, y alcanzó los de Felipe II. Si viviera en nuestros tiempos, acaso se acordara más bien de los castigos de Witiza que de los premios concedidos por el cielo á Isabel la Católica.

Muerto San Isidoro, le sucedió en el arzobispado de Sevilla Teodisclo, sacerdote griego y poco apropósito para llenar el inmenso vacío que dejaba su antecesor. De Teodisclo refieren algunos que corrompió las obras de San Isidoro y las entregó á Avicena para que, traduciéndolas al árabe, las publicase como suyas y en su nombre.

Martino Polono, en su *Cronicon* dice, que cuando Bonifacio VIII intentó señalar los cuatro principales doctores de la Iglesia, no faltó quien creyese que San Isidoro debia ser antepuesto á San Ambrosio. A lo menos, dice Mariana, era razon que despues de los cuatro le contasen por el quinto. Hace para que esto se crea, la erudicion de este santo varon en todo gé-

nero de letras, y las circunstancias de que en el número de los cuatro Doctores se cuentan, y ponen dos de Italia y ninguno del Poniente ni de los tramontanos.

Conviene observar, para evitar equivocaciones, que en España florecieron tres varones ilustres con el nombre de Isidoro. Uno, el primero, fué obispo de Córdoba, y por su antigüedad se le llama el antiguo ó anciano. El segundo San Isidoro, arzobispo de Sevilla, y el tercero Isidoro Pacense ó de Badajoz, á quien se le llama *Junior* ó el más jóven. Algunas veces se suele dar el nombre de *Junior* á San Isidoro de Sevilla, comparándole con el primer Isidoro, obispo de Córdoba. Hacemos esta advertencia, para evitar confusion y librar de caer en errores á los que leen la antigua historia de la Iglesia.

2.° Con el fin de dar á conocer más extensamente la biografía de San Isidoro, vamos á dar aquí cuenta de los cuadros que se hallaban antiguamente en la salá Capitular del real convento de San Isidoro de Leon, y de las inscripciones que llevan al lado. Estos cuadros son quince. Cada uno de ellos representa un hecho notable de la vida de San Isidoro, y tiene al lado una inscripcion latina y en verso que lo esplique. Aquí suprimimos por brevedad el texto latino, y remitimos al lector que quiera verlo á la *Vida de San Isidoro*, dedicada á Felipe V y publicada en Salamanca por el Padre Fray José Manzano, del Orden de predicadores, el año 1732. En esta obra se hallan todas las citadas inscripciones latinas, con su esplicacion correspondiente en el cap. XXI, desde la página 290 hasta la 298.

El primer cuadro representa el olvido de la nodriza cuando por involuntario descuido dejó al niño San Isidoro entre las matas y flores del jardin de su padre. Pasado algun tiempo, la nodriza perdió por completo la memoria del lugar, se ignoraba el paradero del Santo niño y se le suponia extraviado ó acaso devorado por alguna fiera. Fácil es comprender cuál seria en estas circunstancias la angustia de sus padres.

El segundo cuadro recuerda el momento en que el duque Severiano, lleno de afliccion por la pérdida del niño, subió á una torre para observar desde ella la conducta de los criados que buscaban á San Isidoro, y su profunda conmocion al ver en el jardin un número inmenso de abejas que ya elevándose, ya descendiendo, se hallaban siempre en un mismo punto. Esto le sirvió de guia para hallar al niño, que realmente se hallaba custodiado por las abejas y nutrido por la dulce miel que le depositaban en sus lábios.

El cuadro tercero, recuerda la admirable carta que San Isidoro escribió al Papa San Gregorio Magno por encargo de su hermano San Leandro. San Gregorio en efecto habia consultado á San Leandro acerca del dogma de la Bienaventuranza, y San Leandro confió á su hermano la árdua tarea de escribir un tratado magistral sobre este dogma.

El lienzo 4.° expresa la admiracion y asombro del Papa San Gregorio Magno cuando, despues de leer el libro de San Isidoro *Sobre la Bienaventuranza*, exclamó: «Este hombre es otro Daniel y más que Salomon.»

El cuadro 5.° representa á San Isidoro predicando

en Roma por encargo de San Gregorio Magno contra los errores de Arrio y de Mahoma.

En el cuadro 6.° se representan los beneficios que hizo San Isidoro en la ciudad de Narbona al pasar por Francia, viniendo de Roma para España.

En el cuadro 7.° se pinta á San Isidoro como expulsando á Mahoma, á un dragon de asombrosa corpulencia y ferocidad, de la ciudad de Córdoba.

En el cuadro 8.° se representa á San Isidoro esforzándose por arrojar á Mahoma del territorio español.

En el cuadro 9.° aparece Satanás aconsejando á Mahoma que se aleje de España por miedo á San Isidoro.

En el cuadro 10.° se representa á San Isidoro lleno de poder y majestad como triunfante, despues de haber vencido á Mahoma y haber arrojado á tan formidable dragon de los reinos de Andalucía.

Si en estos cuatro lienzos no se expresa un hecho real, se expone evidentemente una innegable verdad moral. Si San Isidoro no expulsó de Córdoba á Mahoma, luchó en Córdoba y en toda Andalucía contra sus monstruosos errores.

En el cuadro 11.° se representa la comision que dió el rey D. Fernando el Magno á los Santos Obispos Albito, de Leon, y Ordoño, de Astorga, para que fuesen á Sevilla y pidieran al rey musulman Benavet, el cuerpo y reliquias de Santa Justa, disponiendo Dios que en vez de llevarse lo que deseaban, se llevasen el cuerpo de San Isidoro, descubierto de una manera milagrosa.

En el cuadro 12.° se representa el lugar en que se encontró el cuerpo de San Isidoro, la higuera que en él nació y la maravillosa virtud que se atribuia á sus hojas.

En el cuadro 13.° se recuerda la ira del rey Miramolin, cuando mandó demoler el sepulcro de San Isidoro, fulminando pena de muerte contra todo el que fuese á orar sobre él, invocando la proteccion del santo.

En el cuadro 14.° se representa el balcon desde el cual la reina doña Sancha solia ver el sepulcro y hacer oracion á Dios, escitada por el recuerdo de las virtudes de este santo.

En el cuadro 15.° se representa la maravillosa vision de la reina doña Sancha cuando vió en el cielo toda la gloria y toda la felicidad de San Isidoro.

Los cuadros que acabamos de describir merecen mucho crédito por su remota antigüedad y por la tradicion que expresan. En ellos, en efecto, están como depositadas la memoria y la veneracion que las generaciones pasadas han conservado á San Isidoro.

En la Biblioteca del citado convento de San Isidoro de Leon, se hallaban diez targetas con las diez siguientes inscripciones ó elogios de San Isidoro.

Doctor Hispaniarum. Doctor de las Españas, porque España, en efecto, debe, despues de Santiago, á San Isidoro, toda la enseñanza de la fé y toda la pureza de la religion que ha tenido en los pasados siglos y que aun conserva para su dicha.

Ecclesiæ speculum. Espejo de la Iglesia, porque todos

los fieles, cualquiera que sea su estado, si quieren ser perfectos, no necesitan más que recordar y practicar las virtudes de San Isidoro.

Sidus splendens. Estrella resplandeciente, porque San Isidoro es en realidad el astro providencial, cuya luz esclarece, y cuya benéfica influencia salva al pueblo español.

Doctor fidelis. Doctor fiel, porque en todo fué amigo de la verdad, enemigo de la mentira, y no conoció el error sino para destruirlo con su portentosa sabiduría y su admirable elocuencia.

Hispaniensis lator legum. Legislador de los españoles, porque la doctrina social y las excelentes leyes que en lo antiguo poseia España se debian en gran parte al saber y la prudencia, á la rectitud y caridad de San Isidoro.

Pater clericorum. Padre de los clérigos, porque les dió saludable enseñanza, les inspiró verdadero espíritu eclesiástico, y los dispuso para la tremenda lucha que habian de sostener muy pronto contra los sectarios de la media luna.

Ecclesia lilium. Lirio de la Iglesia, porque con la santidad de su vida y la pureza de su doctrina hizo que resplandeciese, como el lirio en los campos, su santo nombre entre los cristianos.

Splendor sacerdotum. Esplendor de los sacerdotes, porque con su ciencia les granjeó autoridad, y con su virtud les dió el inmenso prestigio que no han perdido ni perderán nunca, porque nunca se apartarán tampoco de la santa doctrina de San Isidoro.

Lulifer rutilans. LUCERO RUTILANTE, porque no sólo es un foco de luz inagotable, sino que su luz es permanente, y jamás cesa de enviar su claridad á los que no cierran los ojos para no verla.

Fulgor justiciæ. FULGOR DE LA JUSTICIA, porque si siempre fué santo en sus costumbres, siempre tuvo presente la eterna ley del Señor en toda su moral y en toda su doctrina.

Parece mentira que cuando tanta y tan viva ha sido la veneracion de los españoles á San Isidoro en los pasados siglos, hoy apenas se recuerde bien su nombre. No se conoce su vida, no se consultan sus obras, no se citan tampoco, porque únicamente leemos obras extranjeras, y estas rara vez dejan de ser injustas cuando se trata de las glorias españolas. Es preciso tener en cuenta que no hay un sólo Santo Padre, incluso San Agustin, que sea superior en ciencia y en pureza de doctrina á San Isidoro.

Para concluir este punto trascribirémos otra inscripcion latina de la Biblioteca de San Isidoro de Leon, en la cual se encierra en ocho versos toda la biografía del santo y sábio arzobispo de Sevilla.

Isidorus, vir egregius à patre Severino genitus,
Hispalensis ecclesiæ archipresul, Hispaniæ
Primas, græcis, et hæbraicis litteris instructus, tanta celebritate claruit, ut nec
Post, nec ante, primo homine, Salomone
Que esceptis, nemo extitit illi primus.
Quis hunc non prædicet æterni Regis conspectibus acceptissimum? ¡Oh infeliz ego!

Traducidos estos versos al español, quieren decir que San Isidoro, varon excelente, hijo de Severiano, arzobispo de Sevilla y primado de las Españas, conoció bien las lenguas griega y hebrea, y fué tan grande su fama que, excepto la de Adan y la de Salomon, ni antes ni despues, se ha encontrado en el mundo otro hombre más esclarecido por su ciencia.

Es imposible leer las obras de San Isidoro, sin convencerse de que aquí no hay exageracion de ningun género.

El Santo Arzobispo de Sevilla no puede ser eclipsado aun cuando se le compare con San Gerónimo ó San Agustin.

3.° Al encomiar la virtud y ciencia de San Isidoro, ó mejor dicho, al reproducir los encomios que han tributado á San Isidoro las antiguas generaciones, queremos limitarnos á lo que dice el padre Manzano en la obra citada, cap. X, desde la pág. 61 hasta la 64. Experimentamos una inmensa satisfaccion al ver que hoy, en 1864, formamos el mismo juicio de San Isidoro despues de leer y releer sus más importantes obras, que hombres muy eruditos y de gran virtud han formado en otros siglos.

La Iglesia, en el *Oficio* de San Isidoro, dice que este Santo Doctor adquirió, con grande explendor de su nombre, suma instruccion en las lenguas latina, griega y hebrea. En Roma, en un concilio, despues de citarlo con admiracion, fué escuchado como de grande autoridad en sus palabras, y de portentosa energía en su elocuencia.

El Concilio 8.° de Toledo, celebrado el año 653, despues de haberse valido y dirigido en lo más por las máximas y doctrina de San Isidoro, dice lo siguiente: «El ilustrísimo doctor de nuestro siglo, supremo honor y ornamento de la Iglesia católica, posterior en tiempo á los antiguos Padres, aunque no ínfimo en la doctrina, doctísimo en el fin de los siglos, y que debe ser nombrado con reverencia, etc., etc.»

Téngase en cuenta que estas palabras son de un Concilio, y que los concilios no son nunca exagerados en sus elogios.

El Papa San Gregorio Magno llamó á San Isidoro otro Daniel y más que Salomon.

San Braulio, obispo de Zaragoza, despues de comparar á San Isidoro con el mismo San Gregorio Magno, afirmó que Dios lo habia enviado á España para que fuese sucesor de Santiago en el apostolado. El mismo San Braulio, en la biografía que escribió de su maestro San Isidoro, dice que «fué fortísimo perseguidor de los hereges; que deseaba con ánsia derramar su sangre por Jesucristo; que hizo inmensos trabajos para recopilar y refutar todas las heregías conocidas en su tiempo; que no cesó de combatir en los Concilios celebrados en Sevilla y en Toledo los errores de los hereges, ni cesó de enseñarnos la verdadera fé y la veneracion y obediencia debidas al vicario de Jesucristo.

El Papa San Leon IV, escribiendo á los obispos de Bretaña, dice que «cuando ocurra alguna duda que no pueda resolverse por los Sagrados Cánones, se deben

consultar las obras de San Isidoro, de la misma manera que las de San Gerónimo ó San Agustin.

San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, discípulo de San Isidoro, y uno de los Padres que asistieron al Concilio Toledano 8.°, llama á su maestro el Santo Arzobispo de Sevilla, guía y dulce honor de España, clarísimo doctor, espejo de los obispos, ejemplo de sacerdotes, radiante estrella de honestidad, modelo de santas costumbres y dechado de toda perfeccion.

San Martin, presbítero y canónigo de San Isidoro de Leon, llama al Santo Arzobispo de Sevilla. «Príncipe de los obispos y principal entre los confesores.» En este elogio es preciso ver, no una comparacion odiosa, sino un testimonio elocuentísimo de la admiracion que causa San Isidoro á todos los que conocen su vida ó leen sus obras.

Bonifacio VIII al fijar los cuatro grandes doctores de la Iglesia, quiso numerar á San Isidoro, y aun hubo quien deseara anteponerlo á San Gregorio y aun al mismo San Ambrosio.

El célebre Graciano tomó más Cánones de las obras de San Isidoro que de ningun otro autor, y aun en muchas ocasiones parece como que preferia al Obispo de Hipona al Santo Arzobispo de Sevilla. En diversas ocasiones encontraba Graciano sentencias que se hallaban en San Agustin y en San Isidoro, y omitia el nombre del primero y citaba la autoridad del segundo. Además, Graciano hace un grandísimo elogio de la santidad, la sabiduría, la erudicion, la elocuencia y laboriosidad de San Isidoro. Reconoce con cuánta